

MARTÍN PUERTA, A., *El franquismo y los intelectuales. La cultura en el nacionalcatolicismo*, Ed. ENCUENTRO 2013, 365 pp.

Con demasiada frecuencia se sigue explicando la guerra civil o el periodo franquista desde algunos tópicos que ya deberían estar mucho más matizados. Uno de ellos es el considerar los primeros años del régimen como un mísero y “agostado páramo cultural”. Creemos que la obra que presentamos es una decisiva aportación para lograr esa clarificación que ya va siendo hora de alcanzar. El autor, de acuerdo con lo expresado por el experto prologuista Cuenca Toribio, reúne valentía para enfrentarse al complicado tema cultural y una gran preparación histórica, mostrada ya en trabajos anteriores. La obra, según mi criterio, demuestra sobradamente que en esos primeros años, plagados de las naturales carencias de posguerra, ya hubo más altura intelectual de la que normalmente se afirma y que muy pronto muchos de aquellos intelectuales fueron dejando a un lado las formas guerracivilistas. Este es el objetivo, que el propio autor se propuso y que yo creo ha conseguido holgadamente: “El texto que sigue es un intento de

explicar el resultado del proyecto político-religioso llamado nacionalcatolicismo, como igualmente la actitud de los intelectuales durante las dos primeras décadas del régimen de Franco. Es decir de la posguerra y del período en que se prorrogan sus consecuencias, pues es a partir de los años cincuenta cuando se generan unos cuantos puntos de inflexión, dentro y fuera de España, que modificarán completamente la perspectiva previa” (16).

Comienza la obra reflexionando sobre estas dos preguntas: *¿Quiénes son intelectuales? ¿Qué abarca el nacionalcatolicismo?* En la respuesta a la segunda podemos ver ya algunas de esas matizaciones importantes que antes hemos mencionado: “El criterio que aquí va a seguirse es el siguiente: se considerará «nacionalcatolicismo» al período que transcurre desde 1939 hasta aproximadamente unos veinte años más tarde. Si se quiere, nacionalcatolicismo compartido hasta el final de la contienda mundial con influencias iniciales de Falange, cada vez menores, dado el curso de la guerra y considerado lo inoportuno que resultaba mantener esa *fachada* ante los aliados. De hecho, un cambio obvio fue el nombramiento de Alberto Martín Artajo, presidente de la Junta Técnica de Acción Católica y miembro de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas como ministro de Asuntos Exteriores el 20 de julio de 1945...” (42). Titula el capítulo segundo *Los antecedentes: la arcadia republicana*, y en él muestra cómo los muchos fracasos que acompañaron al período hacen injustificable esa exaltación republicana que todavía hoy ciertos sectores se empeñan en mantener. El tercero, titulado *Las depuraciones*, nos recuerda con abundantes y precisos datos que éstas se dieron durante la propia república, en la guerra civil y en la posguerra, pero en ambos bandos. Refiriéndose a la guerra comenta: “por lo que respecta a la mayoría de los profesores universitarios, jueces y otras personalidades del mundo de la cultura, lo común era hallarse en una zona ideológicamente intermedia, más bien poco proclive a la confrontación civil. Pero precisamente por la relevancia social de sus elementos, la clase intelectual vino a quedar seriamente penalizada. Ello en ambas partes, tal como los datos prueban sobradamente” (100). Dedicar un breve capítulo al estudio de *los exiliados*, en el que de nuevo nos deja algunas interesantes aportaciones. Por ejemplo dice: “En general, aunque con excepciones dignas de consideración, los intelectuales exiliados procedían del ámbito del republicanismo burgués, como la mayoría de los intelectuales del lado de Franco procedía del mundo del conservadurismo o del liberalismo moderado. También con excepciones a tener en cuenta” (106). Defiende que pronto los de dentro fueron desarrollando una digna cultura propia, en la que contaba poco el exilio, y entre los de fuera siguieron despuntado los de siempre. Cita las duras palabras de Umbral: “del exilio, los buenos eran los de siempre, los que ya sabíamos: Juan Ramón y el 27, Ramón y poco más. El resto fue creación de la distancia y la nostalgia, referencia erudita, nada”. Los capítulos quinto y sexto, sobre *las fuerzas constitutivas del régimen y el trasfondo de la época*, nos dejan bastante claro que *carlismo, monárquicos, propagandistas, falangistas* y miembros del *Opus Dei*, sólo lograron una impregnación social discreta en la sociedad española, que más

bien giraba en torno a la figura política de Franco. Además fueron evolucionando rápidamente, de modo que “la España de los años sesenta es ya sumamente distinta de aquella de las dos décadas anteriores. Lo es en el orden estructural y lo es en cuanto a los horizontes que la sociedad contempla” (174). El capítulo séptimo estudia la férrea *censura* de los años cuarenta y cincuenta. Defiende que “inflúan tanto el aspecto político como el religioso. Aunque en cuanto a restricciones de libertades España no era precisamente un país que careciese de antecedentes en tal sentido” (176). Es interesante el cuestionamiento de su eficacia que hace nuestro autor. Después, dedica varios capítulos a estudiar la *universidad, los literatos, las publicaciones, la investigación...* donde nos ofrece un documentado panorama, nunca exhaustivo, cuajado de nombres para nada desdeñables. Esto le permite concluir en el epílogo lo siguiente: “En cualquier caso no parece muy correcto hablar de páramo ni de erial intelectual, aunque la vegetación, sin duda, podría haber sido más frondosa, también había algo que hoy escasea: árboles altos” (341).

En resumen, otro excelente trabajo histórico muy bien presentado por la Editorial Encuentro, cuya recomendable lectura ayuda a comprender adecuadamente la sociedad española de esos complejos años, entendiendo el intento que el catolicismo hizo para influir en ella, pero sin que lograra nunca ser elemento cultural de referencia. “El nacionalcatolicismo, afirma, no fue sino un ensayo de recuperación de los espacios sociales por parte de la Iglesia, ello a partir de unas premisas y circunstancias muy distintas de las nuestras, pero inserto en una época de cuyo conocimiento no se puede prescindir y aún sujeta a la posibilidad de indagación y sorpresas” (347).